

La fantasía abyecta de querer vivir en Ana Karenina

Marco Antonio Ríos Badillo

*Yo creí tenerlo todo, mira, mi amor, me equivoqué
porque me hiciste pelearme con la vida, vivir esta mentira,
que ya ni sé quién soy, camino sin fracasos
y esquivo los zarpazos que me tira el dolor*
José José

Felicidad artificial (de una mujer y una sociedad)

Ana no tiene felicidad porque el amor por sí misma y el aprecio a la realidad fueron destruidos por la presión social, la prejuiciosa apariencia y sus amores inseguros. Es negada la mujer, la amante es condicionada por un prejuicio, es despreciada al punto de no ver más allá de esa emoción destructiva. Se encuentra en una encrucijada donde debe reconsiderar la vida.

Hay unas cuantas palabras en defensa de Ana, un nulo futuro y ningún significado da sentido a lo poco que hay dentro suyo. La vida queda en la sociedad extraña, en la imaginación irreal de su cabeza que parece estar fuera de todo control. Queda un gesto de despedida, un acto concreto, suyo, a una realidad absurda, para buscar la vida, una que fuera feliz, que fuera medianamente feliz. Una solitaria opción ilumina a Ana en la orilla de la emoción, cuando todo se vuelve nada: el perdón. No supo amar aquello que hizo, lo intentó. Pero le dijeron que se equivocó.

Ella quiere la felicidad sin pensar en las emociones que sobresaltan su cuerpo, lo quiere sin ver dónde está y las posibilidades que tendrá. Es un ser infeliz con el deseo de liberarse del orden y las formas incongruentes de la oprimente sociedad, de las maneras correctas, pero deshonestas consigo misma. Necesita seguridad para amar por sobre las dificultades, especialmente cuando es juzgada y sobre ella cae una condena. Amar sin miedo para liberarse de la pena y de las cargas impuestas sobre ella al escoger su propia elección. Amarse a sí misma, a sus acciones y pensamientos, tomar un tiempo para la realidad que habita.

Ana lamenta su vida, sentir lo que había en su interior, la mujer que forma, la madre y la amante que quiso ser. Las palabras que dijo para defenderse, para soportar sus decisiones, son condenadas por pronunciarlas. Liberó su destino y sus emociones a un dios caprichoso dirigiendo el alma y la carne por la carretera de nada, prófuga de sí misma, está insegura de tomar su felicidad. Le debería salvar su sentimiento, dirigir su vida alrededor de este,

pues: «el amor debe ser puesto por encima de las convenciones sociales».¹ Ana lo intentó, pero fue una candente estrella que no supo volar en la infinitud del espacio. Cada cierto tiempo ella se preguntaba cómo saber vivir, a qué atenerse. Fue muy valiente, podría decir con orgullo de sí misma, porque cuando no tenía sentido su vida soportó unos instantes más la incertidumbre con esperanza de que el amor lo ordenara todo, o se convirtiera en ese todo. El amor la mantuvo en pie a la espera de una respuesta.

La mujer era la máscara que le han otorgado, la flama de la vida la consume, quiere vivir. La máscara se incinera. Actúa como alguien más, como la contradicción de sus ideales, el matrimonio, la maternidad, su rol en la sociedad. La protagonista habita una realidad intangible para las masas que la condenan y encuentran en ella una culpable. Es una naturaleza distorsionada ante las perspectivas ajenas, es inaceptable que exista fuera de lo esperado. A pesar de que la valentía de vivir resuena en su interior, Karenina no sabe imponerse a la crítica y desprecio expandiéndose por su alrededor, por su interior, sus fuerzas se merman poco a poco. El amor flaquea.

Ana no es lo que la sociedad espera, es una mujer que ama fuera del matrimonio y lo hace público. Fractura los estándares por su deseo de ser ella, de sentir, de existir auténticamente. Rechaza lo que se le ha impuesto: el matrimonio, su personaje. No le es tolerable la sociedad hipócrita que habita, como no la puede cambiar, ella cambia. Muere para «el gran mundo ruso», las esferas sociales elevadas. Su amante, Vronsky, arrebató su vida al concretar su relación, aparece una mujer diferente: «Aquel cuerpo, al que había quitado la vida, era su amor, el amor de la primera época en que se conocieron».² Una mujer incompleta, su apariencia se fugó al vacío, pero sus ganas de vivir siguen en su interior, le mueven como a un alma perdida en busca del cielo.

La heroína es un fantasma social, su naturaleza se transfigura. En el silencio del mundo vive como materia que fluye con la naturaleza: una hoja mo-

vida por el aire. La crisis de su espíritu entierra su conciencia, el amor propio y el que tiene por sus hijos, que vendrían siendo continuación de ella misma. Se esfuma toda felicidad fuera de su amante y sus sentimientos. Ella se fragmenta por el mundo, se rompe contra la materia práctica del progreso, para encontrar que su vida no estaba sino en un esfuerzo que no podía imaginar. En un lugar que salía de las expectativas propias y ajenas se difumina.

Amar, aunque parezca equivocado y sea lo que traiga su desgracia, es lo único que tiene la protagonista para afrontar la realidad de una vida de intranquilidad e insatisfacción. Es una mujer culpable para la sociedad, escapa de su matrimonio para amar. Pero esta culpa queda fuera de lugar, hay solo vida, ni correcta ni incorrecta. Reflexiona su cuñada Dolly: «¿Qué culpa tiene ella? Ella quiere vivir. Dios ha impreso ese deseo en el alma».³ A pesar de esto aquel deseo no se valora, el único papel que la protagonista puede interpretar una vez decide seguir sus decisiones personales es, pues, el que le dan; la mujer desubicada en sus sentimientos.

Sus amores son los que le permiten reconocerse a sí misma, la cara que tiene ante el mundo, la valía sobrante, que como expresiones de su seguridad sirvan de pilares. Ana desaparece para su sociedad y se encierra en su vida, en la desgracia de esta: porque perdió algo dentro suyo. Le han quitado (incluyéndose a ella) el amor para creer que se puede vivir a pesar de las vergüenzas, a pesar de los errores. Porque quiere, sufre, tiene sueños, aspiraciones, y todo esto se ve frustrado.

Las opiniones la están reconstruyendo en distintas perspectivas, cada historia la condiciona de una manera diferente hasta convertirla en otra persona. Por lo que ella no tiene una identidad verdadera o fija a la cual cuidar y amar. Ella se corresponde a las voces ajenas que la piensan minimizada. No quiere ser juzgada: «Lo que principalmente deseo es que no piensen que quiero demostrar algo. No quiero demostrar nada: solamente quiero vivir».⁴ Ana se vuelve ecos de su imaginación distorsionada por la fantasía de un dios perverso vestido

¹ Leon Tolstoi, *Ana Karenina*, p. 504.

² *Ibid*, p. 134.

³ *Ibid*, p. 511.

⁴ *Ibid*, p. 518.

de la sociedad aristócrata y burguesa de Rusia.

Desgraciada, solo tiene lugar en el rechazo, la autoimagen de sí misma se escapa, está exiliada en una tierra que no existe. Su alma se encierra en su pecho para sufrir. La vida parece que está en otra parte. La carne de su cuerpo no desaparece por suerte, las manos lindas y pequeñas, su exquisita figura no se estropea, pero la seguridad de existir siendo ella ya no está. Inmersa en las apariencias, el resto de la vida se pierde. Poniatowska habla de una formación que condiciona la existencia a la pura apariencia:

Los mismos errores podían repetirse hasta la hora de la muerte sin aprender la lección. Bastaba con haber sido educados en un estrecho ordenamiento de principios éticos que se adelgazaban al grado de tener que ver sólo con la apariencia.⁵

El resto del mundo no se marcha, por desgracia o suerte quizá, la vida existe más allá de su realidad artificial. Ese juicio, esos pensamientos que la absorben siguen estando ahí. Las estrellas no habrán dejado de brillar para cuando el amor y las apariencias no estén ni nada valgan. ¿Qué le queda a Karenina una vez mira a la vida sin considerarse a sí misma, cuando el amor recibido no es el absoluto con el que espera vivir?

En silencio, la vergüenza y la culpa que siente se acumulan bajo una fachada, bajo un nombre que las personas conocen en la superficie. Su ser, ella, solo existe para su amante, su marido y para sus hijos. Para uno de ellos es el ángel que ha venido al mundo imperfecto y humano, para otro es una promesa de felicidad en la vida, una voz que solo puede tener sentido ante sus ojos, para otro es un espectro figurativo de un tiempo ajeno que trae deshonor y culpa. Es sueño, pesadilla, inutilidad, lo hermoso y lo obsceno... Ana contiene multitudes que son ella misma.

No podrá vivir la protagonista hasta que se vuelva alguien más, un artificio que ame la falsedad. Karenina lamenta no ser diferente, es una

víctima de lo que hicieron de ella. Algo más: no tiene ninguna palabra para decir ni voz que le pueda escuchar. Ha dejado de existir para la sociedad: «el mundo seguía abierto para él [Vronsky] personalmente, pero no para Ana».⁶ Cuidadosamente arrastra con desprecio los despojos de sí misma. Porque no puede ser lo que quiere, no puede ser amada como quiere, ni amar como debería, no puede vivir como viven los otros, se ha equivocado.

Quedan los amantes de Ana

Karenina no sabe qué hacer sino hasta que es demasiado tarde, cuando la luz del sol ha desaparecido, cuando logra apagar las estrellas. La tierra que pisa, el amor que siente no tiene las palabras adecuadas. Todo lo que hay se condensa en la levedad de instantes que no han existido sino como pedacitos de una imaginación que no llega a ninguna parte, que nunca toca un corazón real.

Alargó su mano para poder mirar qué está realmente ahí. Ellos no merecen ningún perdón, los amantes abyectos, Ana y él, se acercaron al cielo encontrando el infierno. El hombre que es el mundo de Karenina se rompió hace tiempo, se dejan los despojos de un recuerdo. En medio de un amor artificial decidió vivir sin un plan para la posteridad, sin un poco de amor para ella, para afrontar lo que viniera.

Amar a su marido Alexey es imposible, y no se ama a sí misma al estar en tal situación, lo soporta porque es parte de su actuación vital. Con la aparición de Vronsky eso cambia, decide seguir sus sentimientos; su llave para salir de su matrimonio insatisfactorio. Una vez la heroína se entrega a su amante, su marido se vuelve un enemigo con la bandera del honorable bien, pero es falso aquello, solo busca justificar su desprecio:

Yo no quiero ser desgraciado, pero tampoco que ni él ni ella sean dichosos. No reconocía experimentar tal sentimiento, pero en el fondo de su alma deseaba que ella sufriese, en castigo por haber destruido la tranquilidad y mancillado el honor de

⁵ Elena Poniatowska, *La piel del cielo*, p. 99.

⁶ Tolstoi, *op. cit.*, p. 447.

su marido.⁷

Ana deja atrás lo que era. Está buscando su propia satisfacción, pero no sabe cómo encontrar el resto de cosas que su alma le suplican: dignidad y paz. Un lugar seguro. Estar más allá de las puras apariencias de su marido es por sí misma una victoria, un paso más cerca de su felicidad. Su marido, este hombre hecho de habladurías y apariencias, poseído por la necesidad de la voz ajena, no podía ser sino un bulto de emociones con exquisitas apariencias. Alexey, la máquina con la que se casó Ana, está configurado por el pensamiento de la multitud invisible. Todo debía estar regido por un mandato ordenador e inflexible:

Le era agradable pensar que, en una decisión tan importante para su vida, nadie podría decir que había prescindido de los mandatos de la religión, cuya bandera él había sostenido muy alta en medio de la indiferencia y frialdades generales.⁸

Lo que valora es un artificio, aprecia lo falso. Y su mujer no estará en ningún lugar ni hará nada que vaya contra sus creencias de vida. Alexey no conoce el amor, no siente algo verdadero en su interior para darle sentido a sus relaciones, hay una farsa con el semblante de una causa humana y antigua: la religión es la tapadera del desprecio hacia su mujer. Él desea el castigo, la deshonra, el sufrimiento de la traidora que es su esposa, este es su verdadero sentir. No encaja con sus ideales pero, entre maniobras de dudosa ética, consigue convencerse de encontrar lo correcto, la verdad para resolver todo.

El marido de Ana es una máscara hecha a la medida para triunfar en sociedad. El escándalo es su peor tormento, le haría descender del «gran mundo». Divorciarse supondría el mayor ejemplo de su fracaso como hombre, la pérdida de su poder y posición. Su autoridad y valor se verían reducidos, pasaría algo impensable, Ana estaría sobre él, libre:

⁷ *Ibid*, p. 246.

⁸ *Idem*.

Con conseguir el divorcio o planteárselo se evidenciaba que la mujer rompía sus relaciones con el marido y nada le impediría entonces unirse a su amante. En el alma de Karenin, pese a la completa indiferencia que ahora creía experimentar hacia su mujer, estaba un sentimiento que se expresaba por el deseo de impedirle unirse libremente con Vronsky, haciendo que el delito hubiera merecido la pena.⁹

Alexey no dejará que su mujer sea libre, ni ame, ni sienta, porque él tampoco tendrá lo que quiere: el perpetuar su máscara ideal, el poder que le pertenecía. Es un paladín de lo «bueno», es a su vez un juez, que impone un castigo sobre su esposa, porque ha hecho mal; cometió un crimen contra las apariencias.

Ana es culpable por cometer un error en su amor de acuerdo a su sociedad, es culpable por buscar su felicidad. Va con Vronsky con la esperanza de tener la alegría de estar bien consigo misma, aunque tampoco considera las repercusiones que vienen con esa decisión. La sensación la absorbe sin razón alguna, se deja arrastrar. Poniatowska explica que: «El amor te arrasa con quien sea, simplemente te enamora y punto».¹⁰ Luego, cuando las emociones le permiten pensar, cuando razona el amor queda una desgracia que oculta su deseo de felicidad. La vida pide demasiadas cosas, no hay respuestas que se quieran dar.

Karenina sufre lo mismo que miles, sufre menos que cientos. Se vuelve un signo de la vida errante que no sabe. Es inseguro su porvenir, el amor hacia ella misma y sus perspectivas son débiles e intenta volver a su amante, Vronsky, un sustituto de lo que se va perdiendo; aquello que necesita:

—Perdóname, perdóname! —decía Ana, sollozando, y oprimiendo la mano de él contra su pecho—. Sentíase tan culpable y criminal, que no le quedaba ya más que humillarse ante él, pedirle perdón y sollozar. Ya no tenía en la vida a nadie sino a él, y por eso era a él a quien se diri-

⁹ *Ibid*, p. 245.

¹⁰ Poniatowska, *op. cit.*, p. 341.

gía para que la perdonase. Al mirarle, sentía su humillación de un modo físico y no encontraba fuerzas para decir nada más.¹¹

Su amante parece ser lo único que tiene, porque ha cometido demasiados errores para su entorno y no sabe cómo lidiar con ellos, ya no le queda nadie. Le parece que no merece confianza ni amor, ni siquiera de sí misma.

Una libertad que es una pérdida

Su amor la vuelve solitaria, Ana se encierra en su mente. La realidad íntima que le pertenecía no tiene lugar sino como preocupación nerviosa de la que no puede escapar. No hay donde volver, no tiene cuerpo que habitar, su cotidianidad se ha vuelto afrenta y vergüenza. Paralizada ante la vida, es esclava de sus circunstancias, tiene las manos atadas. El amor de Vronsky no lo es todo ni puede darle todo, no puede ni sabe comunicar la complejidad de sus emociones por su hijo, la familia que deja, otra parte fundamental de su ser. Ella tampoco asimila ese sentir en su nueva realidad, termina por perpetuar las apariencias aunque las aborrezca. Quiere vivir el sueño de un amor ideal, romántico y pasional. Pero es falso.

El dolor de Ana no se entendió en la relación con Vronsky, su maternidad queda negada en su romance, una pieza de ella se pierde ante su día a día novedoso:

Sabía que, aunque él era la causa principal de su desventura, la entrevista con su hijo le parecía un asunto sin importancia. A su juicio, Vronsky nunca podría comprender toda la intensidad de su sufrimiento, y temía, como nunca había temido, experimentar hacia él un sentimiento hostil al notar el tono frío en que, sin duda, le hablaría de aquello.¹²

No hace nada por romper la apariencia de su sentimiento. Se limita a sufrir la emoción durante la mayor parte del tiempo, a observar un torbellino

¹¹ Tolstoi, *op. cit.*, p. 134.

¹² *Ibid*, p. 449.

arrasador dirigiendo su destino por la desgracia, cuando todo lo que ella quería era la felicidad. Debería de ser honesta, compartir las emociones, prejuicios, el error, como el miedo propio y de su amante, y aceptarlos. Sentir con cariño al otro, lo que se ama.

Tiene vergüenza, no sabe qué hacer con su dilema. Su actuación en el mundo es mínima, se limita a escoger, a tomar algunas decisiones de las que no está segura. La vida que ha tomado es inestable, sus sentimientos se tambalean en sus enfrentamientos con la realidad. El aprecio que debería tener por las cosas se vuelve algo perverso. Debería escapar del compromiso con su marido para ser feliz, para reencontrar la calidez.

El divorcio es un obstáculo enorme para Ana, su esposo la retiene entre sus manos, le quita a su hijo y le da libertad. Es terrible, ha perdido lo que tanto quería, ese gran amor que le daba sentido a su vida antes de su amante, su hijo desaparece para volverse en la distancia un recuerdo angustioso, le atormentará de por vida. En su búsqueda de sentido, de felicidad, la madre rompe el amor que la mantuvo cuerda, su amor por sí misma se denigra hasta volverse una gran culpa por dejar su responsabilidad. Encuentra el coraje para afrontar la estructura ficticia de su sociedad al saber que su hijo se quedará lejos de ellos, cuando su realidad más pura y cierta se ve perdida. Ella quiere ser libre y rescatar a su hijo: «¡qué frialdad! ¡qué fingimiento!, se decía. Quieren ofenderme y hacer sufrir al niño. ¿He de obedecerlos? Jamás».¹³ Intentará rescatar la realidad feliz arrebatada. Sus esfuerzos están al servicio de esto, pero ya está muy lejos para hacer algo. Sus intenciones se quedan sin la facultad de cumplirse, está sola para lograrlo. Su amor se desmorona.

Queda una aspiración interminable, inacabable. Está a un largo trecho de lo que ella esperaba de sí misma, está lejos de la figura que solía ser porque se ha roto. Su imagen es un espejo ondulado donde no se distingue la realidad de la fantasía. Sus palabras, cuando pudo haberlas dicho, le han colocado en un vacío. Ya no es la mujer que era. No

¹³ *Idem*.

se valora, deja de reconocer que tiene un porvenir, una felicidad alcanzable, un día a día apreciable. Ana se deja llevar por cualquier demostración de amor salvadora, cualquier plan con sentido, aunque mínimo, que le permita vivir, o solo no hay voz propia por la timidez que gobierna. La heroína teme, no soporta el fracaso de vivir con autenticidad, no tener lo necesario. Estaba cegada por sus emociones desordenadas que luchaban contra la realidad y eso la lleva a la desgracia, tenía un enorme lío en su cabeza, y alejarse de su existencia se le hizo fácil. El artificio que formula se tropieza, nadie le permite continuar con su amor, con sus ideales. Ella termina por tampoco sentir ni pensar. No hay nada para ella en ningún horizonte del mundo pues su interior se ha quedado sin chispa.

La protagonista no tiene planes ni habilidades sobrehumanas, y como tal, es capaz en cualquier momento de cometer un gran error, una terrible estupidez, porque las sensaciones dueñas del cuerpo rompen la razón, el amor, la vida y el mundo. Desengañada, incrédula del futuro, con presunciones erróneas y fatales de lo que es ella misma y su ser amado, anda casi a ciegas. No está segura pues aunque ha dado todo lo que tenía, esto no le ha traído sino algo incomprensible, difícil, pero feliz. Contradicciones.

Para que el amor exista debe haber vida, y se debe valorar. Todo gesto de amor es un esfuerzo contra la muerte. Ana infringe el orden divino de lo social, busca su felicidad, pero le falta algo para salir victoriosa, no sabe cómo conseguir lo que se propone. Crea su amor. Su voz no es tan fuerte como pensaba. Sus gestos, como sus emociones, presagian una intolerable cotidianidad inhabitable. Se guarda en la apariencia de la amante pródiga y feliz, la que logró encontrar el amor verdadero, la vida dichosa. Eso no es suficiente para construir una realidad propia donde pueda estar siendo ella en su totalidad. No hay una mujer real que pueda contemplar con errores y virtudes, con amor.

Karenina intenta romper el horizonte conocido por ella, el rol de la mujer casada. Trata de comprender que la vida puede estar más allá de lo que se ha dicho socialmente. Ser la esposa que no ama

a su marido, que no comprende su deber. Quiere ser honesta consigo misma. Vuelve habitable realidades parecidas a la suya, cambia el mundo para sí y sus conocidos, y también lo subvierte fuera. Con su historia la vida se amplía, cambia. Gabriel Zaid encuentra que la literatura transforma las expectativas de la realidad:

La tierra es más habitable después de Cervantes. Don Quijote nos hace habitable la situación quijotesca, le da sentido a una serie de situaciones que no tenían antes de Cervantes, y que por lo tanto prácticamente no existían. Extiende las fronteras del mundo conocido de la acción, antes de las salidas del Quijote.¹⁴

Ana sale del orden, pervierte todo. La heroína vuelca vidas en nuevas maneras, aunque sin saber dirigirlas. La realidad práctica del progreso se pervierte. La lectura le otorga poder. La moral y la idea de la mujer rusa se distorsionan en Ana. Soportar ese peso es difícil, se necesita de un amor audaz que, por desgracia o por suerte, comienza con el amor propio, con la seguridad. Sostener su verdad aunque «a veces la verdad parece una hipótesis insostenible».¹⁵

La vida para Ana se convierte en un fracaso. Ni la sociedad ni ella son capaces de imaginar una posible existencia que le corresponda, un lugar donde encajar. Es una decepción: equivocarse y no saber vivir. Porque alguna vez alguien lo intentó pero no supo. Eso le ocurre a Ana, quizá todo pesó demasiado como para soportarlo en el vacío que sentía después de desengañarse, de perder todo valor y el amor verdadero que pudo haber tenido en algún momento. El pilar de la vida se escapa y le asustan las ruinas del mundo. Horacio, (2020) en sus *Odas*, hace una consideración que es necesaria para afrontar la caída del mundo, algo que desaparece en Ana: «Al hombre justo y tenaz en su designio [...] Si el mundo en pedazos se desploma, sobre él caerán sin asustarlo sus ruinas».¹⁶

¹⁴ Gabriel Zaid, *La poesía en la práctica*, pp. 64-65.

¹⁵ Poniatowska, *op. cit.*, p. 336.

¹⁶ Horacio, *Odas*, p. 75.

El coraje se detiene cuando el amor no es capaz de soportar la vida. Las apariencias de las que escapaba nunca se van, el juicio ajeno y su pasado pesan. El amor debería existir incluso en la adversidad como señala Süskind:

Y el amor era precisamente un poder al que ningún ser terrenal podía sustraerse incluso creía que la luz del amor se abría paso de vez en cuando hasta la más profunda oscuridad del Submundo.¹⁷

La heroína deja de ser capaz de sentirlo, sus circunstancias, la presión de las apariencias cobran factura, trata de pagar con un artificio que no sabe mantener. Emoción que de nada le sirve.

Lo único a lo que la protagonista puede asirse es al aprecio por su vida, lo que aún es posible tras la derrota. Puede que esté perdida y derrotada pero todavía sería querida. Busca palabras fuera de sí que la alivien, porque dentro está la desgracia fija de la expresión ajena: «¿Qué piensas? ¿Qué piensas de mí? No me desprecies... No merezco desprecio... Soy muy desgraciada. Si hay en el mundo un ser desgraciado, ese soy yo».¹⁸

Ana fue decayendo lentamente. Su libertad para encontrar una felicidad la condujo a lugares inhabitables donde batalló por vivir y construyó un artificio que le cegó la vida. Sus ilusiones eran un amor ajeno que no supo dirigir. Es orillada a salir de un matrimonio nefasto, de una sociedad estropeada por la apariencia nociva, pero también de una vida común, de un sueño amable para regalarse. Karenina no sabe admitir las derrotas, la imperfección de lo humano, el amor que la podría salvar se desvanece gradualmente por el atroz mundo del que no logra escapar. Le queda aceptar que las cosas siguen, que hay rendiciones que son victorias y pequeños gestos que retumban como el derrumbarse del mundo. La dignidad es heroica, y la mujer honesta es una heroína de lo mínimo. Pensar que para continuar la vida que se desarticula por el ataque de una sociedad violenta y denigrante hace falta la inocencia de seguir creyendo que solo se necesita resistir.

Fuentes

José José, «Lo que quedó de mí», *40 y 20*. 1992, CD. Horacio, *Odas*, recuperadas de <<http://www.textos.info>> el 16 de marzo de 2023. Poniatowska, Elena, *La piel del cielo*, Penguin Random House, Ciudad de México, 2015. Tolstoi, León, *Ana Karenina*, Editores Mexicanos Unidos, Ciudad de México, 2017. Süskind, Patrick, *Sobre el amor y la muerte*, Seix Barral, Barcelona, 2006. Zaid, Gabriel, *La poesía en la práctica*, Fondo de Cultura Económico, México D.F., 1985.

¹⁷ Patrick Süskind, *Sobre el amor y la muerte*, p. 86.

¹⁸ Tolstoi, *op. cit.*, p. 539.